

Véase al fin del número.  
En Madrid 12 rs. vn. al mes.  
En las Provincias, y en el Extranjero 20 rs.  
mensuales y 60 por trimestre, franco de porte.  
En Ultramar 24 rs. mensuales y 70 por trimestre.  
Este periódico sale todas las mañanas y todas  
las tardes menos los domingos.  
Las oficinas del HERALDO están situadas en  
la calle de S. Miguel, núm. 23.

## PARTE POLITICA.

## CORTES.

## SENADO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR GOMEZ BECERRA.

Sesion del día 13 de mayo.

Abierta a la una, se lee y aprueba el acta de la sesión anterior.

Se da cuenta de una comunicación del señor ministro de la Gobernación, acompañando varios ejemplares de la circular expedida por su ministerio desde noviembre de 1842 hasta marzo del corriente año. Se archivarán.

Queda enterado el Senado de la comunicación del Congreso participando haber sido nombrado vicepresidente de dicho cuerpo el señor Moreno Lopez en reemplazo del señor Serrano.

Se lee y queda sobre la mesa el dictamen de la comisión encargada de examinar la comunicación del gobierno relativa a la concesión de un arbitrio a la diputación provincial de Guadalajara para la construcción de una carretera.

## ORDEN DEL DIA.

## ACTAS.

Sin discusión se aprueban los dictámenes siguientes:

1.º Que se aprueben las elecciones de Albacete y se admita al señor D. Francisco Rodríguez Vera.

2.º Que se aprueben las elecciones de Lugo, y se admita al señor D. Manuel Cuervo.

Acto continuo juran y pasan a tomar asiento ambos señores.

QUE LA DISCUSION PENDIENTE SOBRE CONTESTACION AL

## DISCURSO DE APERTURA.

Se lee una adición del señor obispo de Córdoba al art. 7.º para que se añada entre este artículo y el 8.º. Esta adición está reducida a que se hable del culto y el clero, puntos tan interesantes y dignos de llamar la atención del Senado de una nación católica por excelencia.

El señor obispo de CORDOBA: En el discurso de apertura se hace una especie de reseña de la situación del país, así interior, como exteriormente. Se ha hablado de nuestras relaciones con las naciones extranjeras: se habla también de la magistratura, de la necesidad de códigos, de la buena administración de la hacienda pública, de leyes sobre ayuntamientos o diputaciones provinciales, de otra multitud de leyes subalternas: todo ello muy digno ciertamente de llamar la atención de este respetable cuerpo; pero no hay una cosa muy grande, muy trascendente y de la que no se habla en el proyecto de contestación. No se habla de la base sobre la cual debe apoyarse todo el edificio social, base sin la cual todo perece, todo se destruye. ¿Y cuál es esta base? La religión, señores, esa gran circulo que lo abraza todo, ese sólido fundamento de todo edificio social. La religión, el culto de esta misma religión y sus ministros. Esto es muy digno de ocupar un lugar en el proyecto que vamos discutiendo. Es muy digno de llamarse la atención del gobierno sobre la situación de este culto y sus ministros.

Hace en seguida una triste pintura de la situación del clero y del abandono de este y del culto; por cuyas razones espera que el Senado admita su adición o nuevo artículo.

El señor FERRER: La comisión desde luego admite el pensamiento de la adición y desea que pase a ella para colocarla en armonía con el resto del proyecto.

Pasará a la comisión.

Así mismo pasan a la comisión otras dos análogas de los señores obispo de Málaga y Jaén.

Se lee el párrafo 8.º respectivo al cual se han presentado tres enmiendas.

Primera. De los señores Caamaño Pardo, García Carrasco y Entrena, según la cual el párrafo debe decir: el Senado ve también con placer acercarse el día 10 de octubre de 1844, momento deseado en el que la augusta reina Isabel II, que se sienta en el trono de S. Fernando y de Isabel la Católica, ha de empezar a regir sus pueblos: el Senado descansa en la idea de que no encontrará estorbo alguno para la realización de semejante acontecimiento.

Segunda. Del señor Olavarría, que en medio de las palabras augusta Isabel II se añada Reina; y que en lugar de decir: cuando llega la época que empieza a reinar, se diga: cuando llegue la época en que empieza su gobierno según la Constitución de 1837.

Tercera. Del señor Ondovilla en que se diga: cuando cumpla los 14 años en que, según la Constitución, empieza su mayor edad.

Se pone a discusión primero la del señor Carrasco.

El señor CARRASCO: El Senado ha visto, señores, que en el solenne debate de contestación al discurso del Regente del reino, con que se ha inaugurado la presente legislatura, me he abstenido completa pero deliberadamente de tomar la palabra, así en la totalidad, como en los párrafos del dictamen presentado. El Senado conocerá en su sabiduría que si yo hubiera querido combatir el discurso y el proyecto, en el terreno de mis principios, y en el campo de las opiniones, que constantemente he sustentado en esta tribuna, no me hubiera faltado materia abundante para ocupar largamente su atención, para llamar a caso, en cuanto mis débiles fuerzas alcanzan, la atención del país, sobre innumerables cuestiones que he visto pasar desapercibidas, o inexactamente juzgadas.

Empero desde el principio de esta discusión he reflexionado que si podía tener razones para hablar, no tenía objeto alguno. Es triste, y el Senado lo comprenderá, gastar estérilmente las razones y las palabras, y en esta ocasión, señores, bien he podido yo abstenerme, de todo lo que, o estaba dicho de antemano o había de decirlo inútilmente.

Al impugnar en su totalidad ese discurso y ese dictamen, yo hubiera tenido que hacer una triste y despiadada anatomía de la situación política en que desgraciadamente nos hallamos, y de juzgarla según principios harto diferentes de aquellos, bajo que la considera la inmensa mayoría del Senado. Al impugnar los diversos párrafos que consta el documento que ocupa la atención de este cuerpo, y en que se hace, aunque que suscita una resaca de las necesidades, y de las atenciones del Estado, yo hubiera debido presentar con colores negros, el cuadro tristísimo de las calamidades públicas, de la descripción nula lisonjera de los males del país, y de los desastres del último gobierno. Pero ¿con qué objeto, señores? Esto y principios y estas reflexiones se han esbozado muchas veces, en esta tribuna a la consideración del Senado. Yo mismo, aunque el mal débil de todos los que han cooperado conmigo en estos escaseos, a defender la mas bella y justa de las causas políticas, he hecho mas de una vez la exposición dolorosa de los males de la patria. Estos males, señores, subsisten todavía. La situación no variará en nada por grandes que sean los esfuerzos del actual ministerio, y por mucho que sea el tiempo que permanezca en ese banco.

La situación se agrava mas y mas cada día, y no se agrava hasta el extremo, porque afortunadamente tiene un término.

Todo cuanto he dicho en otros debates acerca de la situación en que el país se encuentra, todo podía aplicarse ahora; y todo cuanto hoy digiera en el mismo sentido en que me he expresado en esas ocasiones, produciría sin duda los mismos resultados. Una vez he debido hacerlo: pero después de tres años, mas elocuentes hablan que todos los discursos posibles los males mismos y los hechos lastimosos que yo pudiera denunciar. Después de tres años he debido convencerme hasta la evidencia de que no es posible ponerles remedio durante el actual estado de cosas. Por consiguiente todos los puntos que se han tocado y discutido en la respuesta al discurso del Regente, me son de todo punto indiferentes, aunque no lo sean para mi corazón ni en mis principios los objetos a que se refieren. Las calificaciones de los sucesos públicos y de los actos de la administración, las esperanzas concebidas, los proyectos anunciados, las peticiones y exigencias al poder; las advertencias que se lo hacen, y los elogios que se le tributan, no son cuestiones para mí. Las calificaciones que yo haría serían muy distintas; las esperanzas que yo abrigó y que el pueblo español todo en la generalidad de sus opiniones y partidos abraza también, no se han de realizar en el corto periodo que esta situación abarca, aun contando con los patrióticos sentimientos y propósitos expresados anteayer en ese banco por el señor presidente del nuevo gabinete, contra cuya administración que apenas cuenta tres días, es claro, y el Senado conocerá, que no irán dirigidas mis palabras. Por esta razón, y saltando por todas esas cuestiones de partido, por todas esas controversias de opiniones, por todas esas diferencias de principios; por toda esa enumeración mas o menos exacta de los hechos; por todo ese inmenso cúmulo de intereses mas o menos bien apreciados, por medio, en fin, de todas esas cuestiones mas o menos importantes, pero todas en este momento subalternas y secundarias para mí, yo me traslado al final del discurso, porque en él, señores, donde se hace mención del único bien, de la única esperanza, y del único gran recurso que aun queda todavía a esta nación magoáquina y del gran objeto, cuya consecución es el punto de mira de todos los partidos, porque para su consecución han aplazado todos el logro de sus esperanzas y el alivio de sus males.

Claro es, señores, que hablo de la mayoría de S. M. y por valiente de las mismas expresiones del discurso, del afortunado momento en que nuestra augusta Reina tome las riendas del gobierno de sus pueblos. Esto es, señores, lo único que me interesa; lo único que me hace hoy tomar la palabra, lo único que es cierto, es indisputado en el discurso del Regente; lo único que no es cuestión de partido, porque todos los partidos han formulado este deseo, en la exposición de sus principios, y por último aquello en que sin duda están acordes con los míos los sentimientos y deseos de la mayoría del Senado. Pues bien, señores, yo he encontrado con pesar y con estrañeza que la redacción del párrafo en que se consiguan estos deseos y estos sentimientos, no corresponde a la gran importancia que en si tiene este asunto, ni está concebido con la claridad necesaria para tranquilizar al país, de las inquietudes que fundada o infundadamente, se le han inspirado acerca de este vital asunto.

Señores, no se alarme ni recole de mí el Senado. Yo no voy a penetrar en los oscuros senos de la cuestión tenebrosa, que he indicado muy de paso. Yo he hablado de inquietudes y de recelos; yo no sé si son fundados, ni sé si son quiméricos. Yo no vengo aquí a agravarlos, aunque desgraciadamente no tengo datos para desvanecerlos. No sé, ni digo mas que una cosa, que existen, que cuando, que son muy generales, y que el Senado debe estarlos como existentes para procurar disiparlos.

El párrafo de la contestación del Senado no los desvanece de ninguna manera: el discurso del Regente tampoco estaba bastante explícito en este particular. El gobierno hasta el día ha evitado con mucho cuidado citar fecha: en todos los documentos de esta naturaleza, y el país ha creído ver en esta afectación estudiada una confirmación de sus recelos. El Senado debía enmendarlo y suplirle en su contestación; y es preciso decirlo, señores, el párrafo de la contestación está mucho menos explícito: está mucho mas ambiguo y oscuro que el párrafo del discurso. En ese párrafo también se huye de señalar un día, como si se temiera. En ese párrafo se dice: cuando empiece la mayor edad; como si no estuviese bien claro cuándo ha de empezar. En ese párrafo se mezcla esta esperanza con otras ideas que la embrollan y oscurecen, y en el párrafo en que se emita esta idea debe campea sola, señores, sin ninguna otra consideración. En ese párrafo hay palabras, señores, que parecen que indican que esa esperanza no es tan importante, ni aun como el discurso la presenta; y esto es precisamente, señores, lo que yo he querido y debido enmendar, proponiendo la redacción que con mis respetables amigos los señores Caamaño Pardo y Entrena he firmado, y que me parece la mas acomodada al tono mismo del discurso del Regente, pues casi es el eco literal de sus palabras.

Vuelvo a decirlo, señores, el día de la mayor edad de la Reina es el único asunto importante para mí: el único interés que me tiene en este sitio; el único objeto porque combatiría aun, si fuese preciso combatir (hasta en las calles). Pero yo creo que no; por lo menos, yo no abrigó temor ninguno. Yo creo, señores, que los intentos de dilatar el afortunado momento de la mayor edad de la Reina, si alguien los ha abrigado, son sueños de la ambición delirante. Yo creo que si alguien fuese capaz de anunciar pretensiones tan audaces, y contraria una muralla de bronce en la voluntad nacional, y creo también, señores, que no hay poder humano capaz de realizar un crimen semejante.

Por eso, señores, el Senado no debe dejar duda alguna en esta parte, y si manifiesta como el eco fiel de los sentimientos, que unánimemente abraza el pueblo español; aquel pueblo, señores, que se levantó todo entero el día que vio cautivo a su monarca. Aquel día, señores, su rey personificaba su independencia. Hoy es su Reina la personificación de su libertad.

Si, señores; la libertad, la Constitución, el buen gobierno, la felicidad pública, la verdad del sistema representativo y del régimen parlamentario, la buena armonía con todos los Estados europeos; la reconciliación, tan necesaria y tan deseada entre todos y por todos los partidos.

El arreglo de la hacienda y la restauración del crédito nacional, la energía y la unidad de la administración; la recta y cumplida justicia; el esplendor de la religión de nuestros padres: la distribución equitativa de los fondos públicos; el alivio de todas las clases, hoy lastimosamente abandonadas; la paz, la ley, el orden, todos esos objetos, todos esos bienes, todos esos preciosos intereses de que se hace mérito en el discurso del Regente; y en la contestación del Senado, no son ni serán otra cosa, a pesar de las buenas intenciones de los actuales ministros, que amargas y manifiestas contradicciones con la realidad espantosa de los hechos, hasta el día venturoso en que S. M. tome las riendas del gobierno de sus pueblos.

Hasta aquel día, señores, la situación será la que hasta ahora ha sido. En los diez y siete meses que quedan, será la misma que en los treinta que han pasado; y siglos enteros que esta situación dure, siglos enteros, señores, durarán nuestros males. Hasta aquel día habrá estorbos para el bien, como el discurso dice.

Hasta aquel día, la independencia nacional significará, desprecio del extranjero; relaciones diplomáticas, serán incomunicación con la Europa.

Hasta aquel día, donde se diga hacienda, se leerá déficit;

bancarrota, abandono de las clases pasivas. Donde se diga marina, afrentas del pabellón nacional, y pérdida inminente de nuestras colonias; de esas joyas preciosas que forman todavía parte integrante del territorio español.

Cuando se nombre ejército se me representarán los batallones desnudos y hambrientos y los oficiales viviendo en la miseria.

Donde se atreva a pronunciar las palabras de orden y de ley, el grito de indignación pública recordará Barcelona: donde se profanen los nombres de seguridad individual, de constitución, y de administración de justicia, yo contestaría, Zurbano, asesinos, falsamientos, emigraciones, sangre y una serie interminable de esas calamidades que yo veo, y que ve la nación entera, en donde otros han visto todos los bienes y dichas que se enumeran en la contestación, y que se habían enumerado osada y pomposamente en el discurso.

Por eso para mí, el último párrafo es todo el discurso; por eso quiero yo que anuncie fija y explícitamente, el día en que esos males deben cesar; el día en que los discursos que inauguran las tareas parlamentarias, sean discursos de la Corona; el día en que las palabras que desciendan de ese trono sean verdaderamente palabras de Rey, como dice el pueblo, que ha consagrado en esta frase el irrevocable cumplimiento de una promesa.

Si, señores, solo aquel día todas esas pomposas palabras serán una verdad, porque aquel día y a la aparición del trono, la situación variará como varia cuando sale el sol, el aspecto de la naturaleza. Noche será hasta entonces en nuestro horizonte político, por mas que a veces nos iluminen ráfagas de esperanza; pero ese día habrá luz. No, aquel día no tendrá la Reina estorbos para el bien, ya habrán desaparecido todos. Aquel día será ya una verdad el lisonjero programa con que antes de ayer conmovió mi corazón el señor presidente del Consejo de ministros. Aquel día podrá hablarse en este recinto de relaciones extranjeras, porque aquel día, reconocida la Reina de España por todas las potencias, su trono recibirá los homenajes de los representantes de todos los demas Estados.

Aquel día, la estabilidad del poder, dará crédito y prendas de seguridad al empobrecido erario. Aquel día habrá recta justicia en los tribunales, y los consejos de la Reina, tendrán juriconsultos que sepan preparar códigos.

Aquel día, no temerá el comercio que una Reina dinástica, quiera entregar al extranjero sus colonias.

Aquel día, la religión, de la cual el discurso y la contestación se han completamente olvidado. (Risas en los bancos opostos.) No hay que reírse, señores, que este asunto no es de risa. Digo, pues, que esa religión tan abandonada por el gobierno, como tan cada vez mas querida y reverenciada por el pueblo, será al fin protegida, y sus ministros serán entonces que una Reina que se llama Isabel, es otra Isabel Católica. Aquel día, en fin, y esta es, señores, una de mis mas deliciosas esperanzas; los partidos todos, cansados ya de aborrecerse y de destruirse, los partidos todos que aleccionados por una experiencia harto dura, y por muchos y amargos desgastados, han perdido con sus ilusiones la vehemencia de sus odios, y ansian por el momento en que olvidando con sinceridad sus agravios, puedan decorosamente darse un abrazo de fraternal reconciliación, aquel día, señores, podrán todos avenirse y conciliarse en derredor de un trono extraño y superior a todos sus odios y rencores.

Los hombres que hoy no pueden volver sus ojos a los que olvidaron la paz de Vergara, los que lloran todavía el alejamiento de la Reina Cristina, los que no pueden transigir con los que fusilaron a Leon; los que han jurado odio y venganza a los bombardeadores de sus hogares; Aquel día se protestarán todos ante la nieta de Carlos III, ante la hija querida de la escelta restauradora de nuestras leyes; ante el angel de elemosina que pidió en vano por la vida de Leon; ante la augusta condesa de Barcelona, contra la cual no se sublevarán jamás los catalanes, y jurando un eterno olvido de todos sus agravios depondrán tambien todos para siempre sus odios y rencores.

Si, señores, aquel día de reconciliación y de olvido no habrá estorbos ya; aquel día aclamaremos unánimemente a nuestra Reina con aplausos y bendiciones.

Esto es lo que yo anhelo, señores, y lo que ruego al Senado consigné en el párrafo que presento, de una manera bastante explícita, y terminantemente para tranquilizar al país sobre tan graves temores, y para lanzar desde ahora un anatema de traición, contra el malvado que intente retardar un solo instante el advenimiento suspirado de aquel día de ventura, de esperanzas y bendiciones.

El señor FERRER: La comisión rechaza la enmienda.

Se abre discusión sobre ella.

El señor FERRER: Pido ante todo que se lea el artículo 56 de la Constitución. (Se lee.) Dice el señor Carrasco que la situación será la misma hasta el día 10 de octubre de 1844. En efecto todas las minorías traen consigo males que lamentar y en nada aventaja el señor Carrasco para espantarlos así.

Pero ha dicho que la comisión ha huido de señalar ese día porque lo teme. La comisión rechaza con todas sus fuerzas semejante aserto. Se ha leído el artículo 56 de la Constitución según el cual el rey es mayor de edad a los 14 años cumplidos. Claro es, que en llegando este momento ha de tomar las riendas del estado; y quién sería poderoso a atreverse a llevar un segundo mas allá esta época. Pero dice S. S. que se fije para tranquilizar al público. La comisión cree que no hay motivo alguno de recelo; y que esa idea es tan peregrina que solo estará reducida a un pequeño círculo de hombres que se proponen calumniar e insultar al Regente del reino sin el menor fundamento. Pues qué, ¿el primer magistrado de la nación no ha agotado todas las palabras del diccionario para expresar el deseo de cumplir su deber y entregar a la reina las riendas del estado en el momento que la Constitución marca? No hay pues motivo de recelo, ni necesidad tampoco de señalar esa fecha. Si el señor Carrasco a la manera del señor Olavarría creyera que en las expresiones que usa la comisión hay alguna pequeña falta, y propusiera su variación, la comisión hubiera admitido la enmienda como desde luego anuncia que admite la del señor Olavarría. Pero lo que propone el señor Carrasco, no porque sería suponer una cosa ofensiva al Regente del reino, y sentada esta hipótesis, también se ofendería a las cortes, y por último al país.

El señor GARCÍA CARRASCO: No es malo, señores, que la comisión empiece ya a confesar que algo falta al párrafo de su proyecto; admitiendo, como acaba de anunciarnos, si bien fuera de tiempo el señor Ferrer, la enmienda de mi amigo el señor Olavarría. Yo felicito pues a sus individuos, de haber al fin reconocido, que el párrafo estaba oscuro, y ambiguo, y que no expresaba con bastante claridad, la importantísima idea que debía expresar.

El señor Ferrer al impugnar mi enmienda, ha tocado ciertos puntos, y sentando tales principios, que no pueden quedar sin respuesta, y yo voy a darsela a S. S. tan explícitamente como acostumbro. Ha dicho el señor Ferrer, que mi enmienda no es necesaria, porque la comisión en su párrafo ha querido decir lo mismo que yo digo en aquella. Yo contestaré a S. S. que a mí entender mi enmienda es necesaria, porque no considero bastante lo que se dice incierta y dubitativamente en el párrafo: porque en él se señala la época condicionadamente; porque aun pueden considerarse algunas partes de aquel en absoluta contradicción con las ideas que parece se han querido expresar; y en fin, porque si la comisión quiere decir lo mismo que yo digo en mi enmienda, pudo, y debió decirlo; y con este motivo referir al señor Ferrer un caso sucedido hace tiempo, y que aquí viene muy a cuento.

Un joven escritor que ya no existe; pero cuyo mérito es

bien conocido, llevó a uno de nuestros mas distinguidos literatos una composición para que le diese su opinión acerca de ella. Este señor que la encontró tan ambigua y oscura como yo he hallado el párrafo del proyecto, le dijo. Hombre me parece que debía Vd. haber dicho, tal y tal cosa; el joven le replicó al momento; pero señor, si eso es precisamente lo que yo he querido decir, pues, entonces volvió a observarle aquel ilustrado crítico, si Vd. quería decir eso, ¿por qué no lo ha dicho? Y esto es tambien lo que yo respondo al señor Ferrer: si la comisión ha querido decir en el párrafo del proyecto lo que yo digo en mi enmienda, ¿por qué no lo ha dicho?

Pero dice el señor Ferrer que mi enmienda manifiesta desconfianza; que no cree que existen los rumores que he anunciado, y que si existen es solo en un corto número de hombres, con el fin de calumniar al Regente del reino. Yo diré a S. S. que si antes tenía desconfianzas, mayores, debía tenerlas al observar la tenacidad con que la comisión rechaza mi enmienda con la cual se oviaban todos los recelos, temores, é inconvenientes. Además, la necesidad de fijar esta día, no consiste en que ese día se ignore, sino en la importancia y solemnidad de esta época ya señalada. Estos días y estos plazos que forman época, en el curso de la vida de los pueblos, de los poderes, de los tronos y de las instituciones, no se deben dejar nunca de repetir, de reproducir, de reconocer y confesar paladinamente.

Sabido es que al hijo mayor del rey de España se le ha reconocido y jurado siempre príncipe de Asturias. Esto no era necesario en el sentido material que quiere dar a esta palabra el señor Ferrer, porque era sin este requisito heredero de la corona, y sin embargo era una necesidad política; era una necesidad monárquica el recordar a los pueblos en ocasiones señaladas los deberes que los ligan con el futuro soberano.

Respecto a los temores, que procuró desvanecer el señor Ferrer, yo he empezado mi discurso manifestando que por mi parte no abrigaba ninguno, ni podía saber, si eran o no fundados, porque por muy acostumbrado que esté a ver proyectos estranos y quiméricos, sin embargo, lo absurdo de aquel a que ahora me refiero, aleja de mí toda sombra de recelo; pero esta confianza que yo tengo, no la puede tener el país, no debe tenerla el país, no hay motivo para que la tenga. Los pueblos están alarmados. Es demasiado público que se ha explorado en todas direcciones su voluntad, ó su condescendencia para intentar gestiones favorables al proyecto de que se trata. La prensa periódica de diferentes colores, ha denunciado repetidas veces que se habían enviado agentes a varias capitales influyentes como Zaragoza y Santander, Burgos y Córdoba, y personas hay que se han apresurado a manifestar la intriga en que se les quería envolver. Un periódico defensor acérrimo del caído gabinete y según se decía subconsciente por él, ha hablado de esta cuestión no há mucho tiempo, como un punto disidente, como un hecho revocable, que las Cortes podrían dilatar a su placer, y ha hablado en el sentido de que el poder debía tomar la iniciativa de presentar al parlamento una medida salvadora, aludiendo ostensiblemente a la prorogación. Todos estos hechos y todos estos datos son mas que suficientes para infundir recelos y para suscitar desconfianzas, no solo en negocios de tan vital trascendencia, sino en otros de menor cuantía.

Manifestó el señor Ferrer que con esta desconfianza se ofendía a los cuerpos colegisladores; yo no he manifestado desconfianza alguna del Senado, y si el señor Ferrer alude a mi enmienda yo podría contestarle cumplidamente si el reglamento no me lo impidiera, con el ejemplo de otro cuerpo, y de otro párrafo igual, poco mas o menos a mi enmienda. Esto basta para que el señor Ferrer me entienda y conozca que ese cuerpo no querrá ofenderse a si mismo. Por lo que toca a las alusiones que el señor Ferrer ha creído ver en mi discurso al jefe temporal del Estado, casi me creía en el deber de ocuparme de semejante cargo. El Senado conoce bien que a pesar del temple y tendencia de mis opiniones, jamás le he traído de ningún modo al campo de la discusión, no lo he necesitado: mis cargos se han dirigido siempre al poder responsable y jamás he faltado a este principio constitucional, en mis mas severas impugnaciones.

Puesto que hay otros señores que han pedido la palabra en contra de mi enmienda, y que aun soy solo para defenderla me siento por ahora.

El señor HEROS: Señores, siempre explícito en mis opiniones, hoy voy a ser receloso respecto a lo que ha dicho el señor Carrasco, y respecto a sus opiniones. Voy a volver sobre su señoría lo que ha dicho a la comisión. Si algun motivo de recelo pudiera haber aquí, no sería sobre los individuos de la comisión y los que sostenemos su proyecto, sino precisamente sobre el señor Carrasco y los de su opinión. En la comisión hay tres individuos de los que formaron la Constitución on que nos rige, y además estamos en el Senado hasta otros once me parece de los mismos. A los 14 años fija la Constitución la mayor edad del rey; ¿y porque hicieron esto las Cortes constituyentes? ¿en qué se fundaron en una razón muy sabia; la de que jamás ningún rey de España siendo la mayor edad la de 18 años, ha llegado a cumplir los 14 sin que hayan ocurrido revueltas; y fundadas en esta experiencia demostrada por la historia de todas las minorías, fijaron la mayoría a los 14 años las Cortes constituyentes. Esto dice la Constitución... ¿Y qué quiere el señor Carrasco? Que se cite el día 10 de octubre es no decir nada, puesto que el párrafo cita la época designada por la ley. Si su señoría quiere eso citará tambien la hora y el minuto en que nació S. M. ¿Y es esto oportuno? Esa doctrina no ha salido de ningún partido nacional español. Del mon e sale, quien al monte quema, dice un proverbio nuestro.

Dos solas personas me han hablado de este asunto, la una no pertenece a mi opinión, la otra es extranjera. ¿Qué es lo que se quiere? Siempre el señor Carrasco se presenta aquí como miembro del partido monárquico-constitucional: que no lo somos nosotros? ¿Y de qué Constitución habla S. S.? ¿de la del año 37? ¿de la del año 12? todo eso no viene a significar mas que el estado ordinario de las cosas. Diganos S. S. si gusta, si está por la Constitución de 37 y por la mayor edad a los 14 años? ¿si está igualmente porque ninguna persona de dentro ni fuera venga a alterar el artículo constitucional? El señor Ferrer me ha precedido respecto al Regente del reino, todos sabemos su juramento prestado y sus deseos repetidas veces manifestados. No hay necesidad pues de expresar el 10 de octubre, porque todos lo saben; y si el señor Carrasco se cree con derecho a sospechar de cierto partido y de cierta persona, tambien nosotros nos creeríamos en el caso de sospechar de otra persona y de otro partido. Voto, pues, contra la enmienda, y si el Senado la aprueba, haré yo otra para que se señale la hora y hasta los segundos en que nació la Reina; pero no espero que la sensatez del Senado deje de aprobar el párrafo de la comisión.

El señor CARRASCO: Brevemente contestaré al señor Heros, porque estoy malo, y ronco, y no se me entiende.

Ha estrañado S. S. que en vez de poner en mi adición, contestación del estado, no haya puesto Constitución de 1837. Yo diré al señor Heros que no conozco otra constitución de la nación española que la de 1837; si S. S. tiene otra, podrá decirnoslo, pues yo no se que haya mas que esta.

Ha dicho el señor Heros, que entre los individuos de la comisión se encuentran tres señores que concurrieron a la formación de esa Constitución en 1837, y ha querido S. S. establecer una diferencia entre estos señores y los que no tomaron parte en la confección de aquella, respecto a la fidelidad con que la podemos observar: yo no puedo responder otra cosa al señor Heros mas, que si S. S. y esos señores, votaron la Constitución de 1837, y lo ha jurado, y todavia no he faltado una sola vez a mis juramentos.



Sentando el señor Heros que yo había citado los datos en que me fundaba para decir que en el país se abrigan todos los recelos y desconfianza, ha dicho S. S. que si de alguna parte podía haber esos recelos era de mis amigos, y que si nosotros teníamos recelos de una persona y de un partido; S. S. y sus amigos tenían también recelos de otra persona y de otro partido. Dispénsame el señor Heros que le diga, que en un recinto y entre personas de menos respeto, que el Senado, la contestación a tan peregrino cargo, sería una estrepitosa carcajada, que resonara desde aquí hasta el Hotel de la Rue Courcelles, en París.

Como mi sueño dorado es ese día de ventura que se aproxima, y he manifestado con la efusión de mi corazón todos los deseos que me animan de que ese día llegue y que ha de suceder, el señor Heros ha dicho que no se desea ese día por tan agradables motivos, sino por venganzas; y yo no hablaré al señor Heros de la sinceridad de mis deseos personales, diré solamente en nombre de los de mi partido, que si el señor Heros y sus amigos desean esa reconciliación y olvido, nosotros también tenemos dadas pruebas de hecho, de cuanto le deseamos, y me parece que no hemos llegado en nuestros rencores y desquites hasta el punto que el señor Heros y sus amigos.

Yo sé muy bien que no puede haber nunca esa absoluta conciliación y conformidad respecto de las opiniones políticas, ni es esa la absurda conciliación de que yo hablo; la unión que yo deseo es la que basta para que las transacciones del poder, que debe haber precisamente mientras subsista el gobierno representativo de la subida de cada uno de los partidos al poder se verifiquen como en otros países, y no sean acompañadas de disturbios, de persecuciones, de fusilamientos, de odios, de venganzas y rencores. Esto es lo que yo deseo y lo que no podrá menos de desear el señor Heros.

El señor HOYOS (D. Isidoro): Solo pedí la palabra al señor Heros para decir que yo he leído, lo he leído en un solo periódico, sino en varios y de distinto color político, se manifestaban refiriéndose a Burgos, Santander y otros pueblos que habían ido comisionados para que se hicieran exposiciones, pidiendo la prórogación de la menor edad de la Reina; pero yo no he dicho que las autoridades hayan tenido parte en ello. Por lo demás, si el señor Hoyos quiere leer lo mismo que yo he leído, se lo enseñaré a S. S. cuando guste.

Se declara el asunto discutido.

La enmienda se desecha en votación nominal por 58 votos contra 8.

Se lee la enmienda del señor Olavarría, que la comisión admite.

El señor Ondovilla retira la suya, en consecuencia de haber sido admitida la anterior.

Sin discusión se aprueba el párrafo, variado según la enmienda del señor Olavarría, en votación nominal por 63 votos. Ninguno hay en contra.

Se lee nuevamente redactado el párrafo 5.º que se imprime para discutirse en la primera sesión.

El señor PRESIDENTE: Conforme a reglamento no habrá sesión mañana y el lunes, y el martes se discutirán los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

Se levanta la sesión.

se proponía en su viaje a Barcelona era impedir muchos males de los que después han sucedido:

Bien sé que el Congreso no debe ser nunca abrigo de los que hayan cometido crímenes, pero también conozco la importancia que siempre se ha dado a la separación de un diputado de los bancos del cuerpo legislativo. En Inglaterra en tiempo de Isabel II se arrancó de la Cámara a uno de los representantes del pueblo, y aquella reina lo restituyó a su asiento a muy pocos días. En Francia hemos visto en tiempo de la restauración arrojar de la Cámara a Manuel, y todo el mundo sabe la agitación que este hecho causó, y que este fue uno de los procesos que se fallaron en la revolución de julio. El gobierno ha pedido sin duda ahora esta autorización para poder decir, si se le negamos, que nos oponemos a que se proceda contra uno de nuestros compañeros. Cataluña se halla, señores, en una situación que parece, que con solo decir uno que es catalán, ya lleva para ciertos sujetos la nota de perturbador, y por eso sin duda se nos mira con prevención. Yo tuve la honra de pertenecer a la junta consultiva que se formó en Barcelona durante los últimos acontecimientos que no entrará ahora a calificar, y debo decir al Congreso que contra los que la compusimos se dieron algunas disposiciones injustas: una de ellas fue la de prevenir a las autoridades de la isla de Cuba que si llegaba allí alguno de nosotros no se nos permitiera estar, y que se nos mandara a España bajo buena guardia. Temían sin duda los que esto mandaron, que nosotros fuéramos a predicar allí la emancipación, cuando entre los individuos de la junta había quien tenía en Cuba propiedades por valor de muchos millones. ¡Ojalá hubieran tenido toda esa previsión para evitar los sucesos de Barcelona!

En cuanto a la autorización que se pide, el gobierno debió meditarla mucho antes de venir a pedirla, porque no me parecen muy apropiados las circunstancias actuales para encorronar los ánimos. Y concluire con decir que en mi concepto no debe concederse, cuando todos estamos convencidos de la utilidad de ese proyecto de amnistía que se nos ha anunciado.

El señor CABELLO: Señores, me parece que no se ha colocado la cuestión en el terreno que corresponde. Ha dicho el señor Giraldo que se trata de seguir una causa que se ha declarado nula por el tribunal de Guerra y Marina, y esto no es exacto. No es el gobierno ni el capitán general el que pide la autorización, sino el fiscal a quien se le ha encargado que forme un sumario, pero como el fiscal no ha podido pedir la autorización, ha acudido al capitán general y este al gobierno para que pida al Congreso autorización para continuar un sumario que se le ha mandado formar. La comisión ha incurrido también en la misma equivocación de creer que el tribunal de Guerra y Marina ha declarado nula la causa. Este tribunal lo que ha hecho ha sido declarar nulos ciertos procedimientos; pero prescindiendo que la causa se devuelva al capitán general, para que la forme con arreglo a lo que previenen las leyes militares, porque hay faltas que son de la inspección de la auditoría de Guerra, y las hay también que deben ser falladas por un consejo de guerra.

El orador hace una reseña de todo lo ocurrido con el señor Prim y termina así:

Concluyo, señores, esperando que la comisión retirará el artículo 2.º del dictamen, porque en él parece que se suplica al gobierno o que se le manda, y así como el Congreso es poco para mandar, es mucho para suplicar.

El señor VILLALTA: Señores, si la inmunidad parlamentaria no tuviese mas que esa aureola que la rodea, no sería suficiente para mantener el prestigio y la independencia necesaria a la representación nacional; y si fuera un privilegio, sería una cosa injusta y perjudicial; así en mi concepto la inmunidad parlamentaria es mas que una aureola y menos que un privilegio. Yo convengo en esa doctrina de que los diputados mientras lo son y algún tiempo después, no deben obtener ningún empleo ni gracia; pero acaso deberíamos también establecer el principio de que los diputados empleados no debían ser depuestos por el gobierno mientras ejerciesen sus cargos y algún tiempo después. Digo esto para que se fije mucho la atención sobre la independencia que deben tener los diputados, porque de otro modo la representación nacional no sería mas que un consejo consultivo del poder público. La comisión al examinar el expediente ha tenido a la vista que el señor Prim es militar, conoce los deberes de esta clase de estado; pero ha creído que los militares que son nombrados diputados deben gozar de la misma independencia de que gozan todos los demás, porque sería establecer dos categorías de diputados, el suponer que los que pertenecían a la clase de los que derraman su sangre en los campos de batalla, continuaban sujetos a la obediencia militar.

Se hace cargo en seguida el señor Villalta de los argumentos presentados por el señor Cabello, que fueron rebatidos con suma lógica y concluye diciendo:

Contestando al señor Giraldo, diré que la comisión ha tenido que limitarse a lo que resulta del expediente en donde no existe ningún documento referente a lo que S. S. ha supuesto, y que ha tenido que mirar el decoro del Congreso; pero puede creer que si hubiéramos dejado hablar a nuestros corazones, acaso habría sido otro nuestro lenguaje.

El señor CAMBA: (Al empezar este discurso se sale del salón un gran número de diputados.) Después de lastimarse de que la comisión no haya accedido a retirar el artículo 2.º, y de reproducir muchos de los argumentos hechos por el señor Cabello, dice, que él votará este dictamen negando la autorización, porque ya que se ha hablado de amnistía quiere echar un velo sobre todo lo que ha pasado, sin embargo de que reconoce que no es la causa formada contra el señor Prim lo acordado por el tribunal supremo de Guerra y Marina, sino ciertas actuaciones y procedimientos.

El señor PRIM: Como conocerán los señores diputados, debo serme muy repugnante tomar parte en esta cuestión que tan de cerca me toca, y no lo haría por cierto sino tuviese una necesidad absoluta y perentoria de vindicarme ante el país, y de rechazar los ataques que el difunto gabinete y sus agentes dirigieron a mi honor: los que si bien estoy seguro no han hecho mala alguna en el invulnerable escudo que le cubre, no obstante, puede quedar sobre él alguna chispa del veneno que encubrían, y yo quiero que quede limpio como el sol.

Este concepto presentará una breve reseña de lo ocurrido ante la ilustración e imparcialidad de este gran tribunal, y esperaré tranquilo su inapelable fallo.

Cuando en noviembre último, oímos desde estos bancos resonar el cañon que sembraba la muerte en las calles de Barcelona, creí de mi deber, como español representante de aquellas provincias, correr allí a examinar de cerca la verdadera causa de aquellos inesperados acontecimientos, para decidirme en su vista acerca del partido que debía tomar en ellos. Entonces como ahora, repito, representaba aquellas provincias: circulaba por mis venas la sangre de los Berengueres y Roafor, y ni podía, ni debía permanecer en tranquila inacción cuando mis compatriotas corrían inminente peligro: invitarlos a la paz o ayudarlos en la guerra era mi pensamiento: ignoraba como he dicho las causas que habían producido aquellos males, y por consiguiente no sabía de los dos que partido abrazaría. Y en prueba de la buena fe con que obré en aquellos momentos de ansiedad, fui a pedir pasaporte al capitán general de este distrito: si hubiese abrigado intenciones hostiles hubiera sabido nádie mi viaje, y mucho menos el gobierno? Seguramente que no; hubiera marchado sin decir una palabra, y como entonces estaban suspensas las Cortes, nadie hubiera notado mi falta hasta que me hubieran visto aparecer en los muros de Barcelona, o en la cúspide de los montes, sosteniendo la bandera que se había enarbolado, y entonces (no debería decirlo, porque parecería altanera presunción); pero yo quiero creer que entonces hubiera sido otro el desenlace de aquel sangriento drama. Fui pues a pedir pasaporte al señor Seoane, entonces capitán general de Madrid, quien con la urbanidad y dulzura que le son conocidas, me lo negó diciéndome que quería hacer antes una consulta al gobierno. Hicele presente que yo era un diputado de la nación, y como tal, libre e independiente para ir a donde me acomodase, y que nadie tenía derecho para impedírmelo; mas S. S. que no teniendo de derechos ni tuertos, me dijo que yo era militar, y que el capitán general de Madrid me mandaba, no saliese de la corte y guardase Vd. bien de salir, me dijo, estas fueron sus palabras.

El caso que yo hice de esta amenaza luego se vió, que fue el mismo que he conocido supe haber dicho, que había de verme a los pies de su caballo. Me rei porque yo sé que la espada del señor Seoane no tiene el temple bastante fino para reducir la mia a los pies de su caballo. (Aplausos.) En vista de este abuso de autoridad, que tal era en mi concepto, me dirigí al presidente del consejo de ministros que lo era entonces el señor Capaz: le hice presente lo que acababa de mediar con el señor capitán general, quien me contestó que nada podía ha-

cer; solo si dar curso a una instancia que elevase al Regente del reino; y advirtiéndose, señores, que en aquellos momentos marchaba en posta para Barcelona: ya ven los señores diputados que el remedio no podía ser mas oportuno. Me dirigí al señor jefe político y le invité a que en calidad de diputado me diese pasaporte, mas S. S. me dijo que no podía darme en razón a ser militar: fui al señor ministro de la Gobernación y me contestó que él no daba pasaportes a nadie, que eso estaba en las atribuciones del jefe político y que de ninguna manera quería ni podía invadirlos: eso ya lo sabía yo, y si acudí a él fue solo para que no quedase ningún resorte que tocar, para hacerme con ese papel que había de garantizar mi persona por los caminos. Y últimamente aquel mismo día pasé un oficio al señor capitán general diciéndole, que toda vez que de palabra me había negado el pasaporte para Barcelona se sirviese concederme para San Felu de Llobregat, donde se hallaba el cuartel general de las tropas de Cataluña: no perdían de vista esto los señores diputados porque es muy interesante. Le rogaba también que en caso de denegarse tuviese la bondad de decirme por escrito; pero S. S. sin duda no pensó así y tuvo a bien no contestarme; yo podría aquí calificar debidamente esta conducta; pero me abstendré de hacerlo.

Pregunto yo ahora a los señores diputados: ¿puede obrar con mas franqueza y lealtad? Me quedó algo que hacer para hacerme con ese bienaventurado pasaporte que tanto ruido ha hecho? (Risas.) Estando suspendidas solamente las Cortes, y siendo yo diputado, era libre para ir adonde me acomodase? ¿Podía negarme el capitán general el documento que le pedía? Esta es la cuestión que va a resolver el Congreso; pero seguiré la historia de lo que ocurrió para venir a parar al punto culminante, que es el que me ha obligado a tomar parte en el debate. Viendo que todo era inútil, eché el pecho al agua, y me resolví a marchar del modo que pude; pero como tuviese que dar una vuelta muy larga, llegué tarde... (sensación), y no pude remediar el mal que se había consumado.

En Figueras supe que estaba bombardeada Barcelona, y lo que sentí entonces, señores, no lo puedo explicar ni lo podría concebir los señores diputados; porque como dice un célebre escritor: "no se puede comprender un dolor sin sentir el dolor mismo." (Aplausos.)

Desde el momento formé la resolución de ir a Barcelona, y ningún ánimo hacia de esconderme, como lo prueba el que marchaba con el pasaporte que me dió el cónsul de Perpignan, y al que le ha costado por cierto su destino, al señor Urquiza; y aquí me haré cargo de la calificación gratuita que el señor conde de Almodovar, ministro entonces de Estado, hizo de mi persona. Siento mucho no verle en ese banco negro, porque de ser así, me vería obligado a devolverle calificación por calificación, y a mi entender justa y adecuada; porque si S. S. se creyó en facultad de hacerlo, también la tendría yo para calificarle. Al comunicar el señor conde al cónsul de Perpignan que S. A. el Regente del reino había visto con desagrado que me hubiese dado pasaporte, decía: Ni a usted podía ocultarse el carácter discolo que en mi ocasiones ha manifestado el señor Prim. (Que soy discolo, dice! Risas.) No sé qué razones tendría para decirlo, porque si hubiera querido examinar mi vida militar (y militar es S. S.), y recorrer mi hoja de servicios, hubiera visto que no hay en ella tal nota de discolo: y cuidado que en ese punto la rigidez militar llega al extremo: hubiera podido saber, digo, que en toda mi carrera no tengo ni un solo día, ni un momento siquiera de arresto; en fin, se permitió hacer esa calificación, el sabrá por qué, y como no se halla presente, no puedo pedirle explicaciones.

Decía que no pensaba ni remotamente en ocultarme, puesto que marchaba con el pasaporte del cónsul de Perpignan, que me estaba pasando un día entero en Gerona y que sin disfraz alguno y en la diligencia entré en Barcelona; mas luego mudé de plan, cuando encontréme casualmente en la Rambla con unos amigos, me hicieron saber el peligro que corría; diciéndome y es muy exacto, por mas que se diga que no, y tan cierto como el sol que nos alumina; cosa que he sabido no solo porque ellos me lo dijeron sino porque después me lo ha dicho también otra persona muy autorizada, que me está oyendo, pero no tenga cuidado que no pronunciaré su nombre. Aquellos amigos me dijeron, que el capitán general Van-Halen (y necesito, señores tener mucha calma para no dispararme contra él; pero no lo haré por decoro del Congreso) había dado la orden de prenderme y añadido que si caía en sus manos no me daba dos horas de tiempo para fusilarme. Consideren los señores diputados si tuve suficiente motivo para mudar de conducta. Había dicho el capitán general que quería fusilarme si caía en sus manos, y como yo creía que era capaz de hacerlo, sin embargo de que la lealtad de mis paisanos me daba cierta seguridad, me puse en salvo; estuve tres días oculto en Barcelona y luego salí para el campo de Tarragona, donde permanecí hasta que pasó por allí el cuartel general para Valencia. Yo me vine por Aragón. Llegué aquí el día antes que el cuartel general, y cuando creía que se iban a abrir en muy pocos días las Cortes, tuve el disgusto de ver su disolución en 3 de enero, medida que me obligaba a permanecer oculto o a marchar a país extranjero, si no quería caer en poder de mis enemigos que con tanta ansia me buscaban.

A todo esto seguía la causa que se me había empezado a formar, siendo todavía diputado; causa que versa sobre un supuesto falso, porque dice el señor Seoane, que la razón que tuvo para negarme el pasaporte fue haber sabido estrajudicialmente que en patios públicos y delante de muchas personas le iba una carta que me dirigían de Tarragona en la cual se me llamaba a ponerme al frente del movimiento para secundar el de Barcelona.

Yo creo que los señores diputados no me creerán ni tan majadero, ni tan imbécil, que fuese a leer en un parage público una carta que podía comprometer mi existencia y la de la misma revolución que se supone que yo quería favorecer; si yo hubiera tenido esa carta e intención de hacer lo que ella decía, no la hubiera mostrado a nadie, ni me hubiera espuesto a que el señor Seoane tuviese en ella un motivo para proceder contra mí; pero el señor Seoane buscó un pretexto y se valió de esa invención de la carta; pero en su vida le ha dicho nadie que yo leyese tal carta. (Risas.)

Seguía, como he dicho, la causa y para que se vea la virulencia con que se actuaban aquellos procedimientos, citare un hecho de que ha hecho ya mención el señor Giraldo, a saber, el embargo de mis uniformes, de mi espada y de mis cruces. La espada y las cruces, señores, parece imposible que tal haya sucedido. Embargar a un militar su espada, y me glorio de decirlo, espada quitada al enemigo en el campo de batalla y las cruces que honran su pecho embuelto de cicatrices! Eso no se concibe siquiera, y solo hombres que no conocen el valor de tales prendas pueden así profanarlas. Y ¿quién hacía eso? Señores, el que poco después me sentencié a cuatro años de prisión nada menos que es la vida de un hombre, y a privación de empleo; ¿quién? El alijado del señor Rull, el auditor tantas veces aperebido por el supremo tribunal, el que no hace muchos días fue barrido de estos bancos, como dije muy oportunamente un periódico, el... si se hallase presente, le abordaría con toda mi alma y no sería extraño le repitiera lo que en otra ocasión le dije mi amigo el señor Obejero, pero hallándose ausente no haré mas que despreciarle.

Mas todo esto no fue nada en comparación de lo que va a oír el Congreso. El hombre tiene dos vidas, señores, una física y otra moral; la primera puede abandonarse si se quiere, pero la segunda no es posible, debe defenderse hasta el último aliento. No contentos mis enemigos con querer encerrar-me en una prisión, con querer degradarme, quitarme el empleo que tanta sangre me cuesta y hasta entregar mi cabeza al verdugo, quisieron también destruir mi honra y lo intentaron, diciendo que me había vendido al partido moderado. Eso parece que dijo un general en Sarriá hallándose presente el ministro de la Guerra, entonces el señor Rull, y fue el general D. Fermín Salcedo, por señas que si es cierto, extraño mucho que un general que ha conocido mi lealtad en los campos de batalla, haya podido formar de mí un concepto tan ruin; suspendo, pues, el juicio hasta que él me diga si es cierto o no que tal dije.

Y esta idea fue corroborada por la audacia que el anterior gobierno tuvo en decir, que a mi paso por Baileles había estado en un club moderado, y que luego fui a París a ofrecer mis servicios a la reina Cristina como hombre político. ¿No es esto capaz de irritar a los mas calmosos? ¿Y en que fundaban tal calumnia? En la amistad íntima que me une con D. Nazario Carrizuri, hoy emigrado por los acontecimientos de octubre con quien efectivamente estuve en Burdeos y París, y por quien daría yo sin dificultad todo el bando ayacuecho, porque bajo todos conceptos val: mas que todos los que

le componen, como hombre honrado, como patriota, como liberal y caballero.

Este fue el único motivo que tuvieron para asustar mi honor y hacermne tan villana acusación por esa intolerancia que ven devora, por ese exclusivismo que no les deja o que no les concede, que nada tienen que ver las relaciones sociales con los principios políticos que cada uno profesa. Si esa principio se admitiese ¿a dónde íbamos a parar? No habría acusaciones de ninguna clase, no habría esas grandes empujadas tan tíftias a la riqueza de una nación, no habría fabricación no habría comercio, no habría nada, estaríamos siempre riendo y nos despelazaríamos como salvajes. Eso es lo que ellos quisieran, porque solo así podrían conservarse en sus puestos; pero se equivocan, eso ya no puede suceder, porque se ha levantado noblemente la bandera por el señor presidente del Consejo de ministros, y muy luego los hombres de todos los matices políticos; pero que tienen sentimientos nobles y generosos, y que no abrigan resentimientos y venganzas, se reaniman como uno solo para carles encima y acabarles de matar a fin de que no vuelvan a levantarse jamás. (El señor Argüelles en voz baja y visiblemente irritado) gracias por la tolerancia, señor diputado.... Continúa el orador: Y luego reunidos los mismos en formidable falange al rededor del trono constitucional de Isabel II sabremos a costa de nuestras vidas si es menester, reconquistar el honor al pabellon nacional que los otros permitieron mancillar, y salvar a la patria de la ruina en que quisieron sumergirla.

Advierto a los señores diputados que yo hablo aquí corajosamente y no es de ninguna manera mi ánimo matarlos, así como se entiende materialmente, y aunque ellos lo hayan tratado de hacer conmigo, soy yo mas generoso.

Estuve en París, señores, mientras no hubo Cortes, y aquí debo decir solemnemente que no vi ni por casualidad a la reina Cristina, aunque ya digo, que para mí no tiene nada de extraño que uno que se encuentre en aquella capital, como caballero y como español, vaya a besar la mano de la madre de su Reyna. (Aplausos.) Pero repito que no la vi; como si vi a otras muchas personas que me honraron con su simpatía: moderados, republicanos, carlistas, progresistas; desgraciadamente en París hay individuos de todos los partidos, lo único que no se encuentra allí son ayacuechos. (Risas.)

Abrieron las Cortes otra vez y vine a presentarles, y embargo aun se persistía en la idea de prenderme, y entonces gracias a mis amigos entre ellos el señor Gual Brabo pude evitar el golpe y me presenté en el Parlamento, y del modo que ellos no querían lo hice.

No diré ya mas, porque me parece que he hablado bastante de la atención del Congreso: he hecho la historia de todo lo ocurrido con la exactitud precisa; los señores diputados en su vista podrán fallar lo mas justo como lo mas justo creo yo ser el art. 1.º del dictamen de la comisión, me liongeo será aprobado.

El señor MATA, (de la comisión): Después de unas ligeras observaciones retira el artículo 2.º a nombre de aquella.

El señor ministro de la GUERRA: Empezaré dando las mas sinceras gracias a los individuos de la comisión por el honor con que distinguen al gobierno: este se había propuesto ser circunspecto y mesurado en esta discusión; ahora será lo contrario.

A pesar de haber examinado el expediente y las circunstancias, y los hilos todos de este negocio, ha creído el gobierno que no debía profundizar la cuestión; habiéndose inaugurado una época de reconciliación, puramente española, le parece que deben evitarse las reanimaciones; pero se halla en el triste deber de decir algunas cosas.

Ante todo declaro que los ministros respetan y respetarán hasta la idolatría, la inmunidad de los diputados, porque quieren que la Constitución sea una verdad para todos los españoles, y serán dignos del mas duro reproche cuando falten a este principio.

Se ha dicho que el militar a quien se nombra diputado es forzado quede libre de la autoridad militar; aquí conviene hacer algunas explicaciones. El ministro que habla y sus compañeros profesan esa doctrina; pero las ordenanzas militares son anteriores a la Constitución, y no está escrita un código militar en armonía con ella: sin embargo mi opinión privada es que el militar diputado debe quedar enteramente a libre de poder mientras ejerza sus cargos, y creo mas, que si ejerce un cargo público debe relevarse provisionalmente, doctrina que si no merece la sanción del Congreso, me obligará a que me retire de este sitio: repito que no se halla a vista una ley que envuelva esa doctrina, y hago este razonamiento para justificar al señor Seoane, capitán general de Madrid que entonces era, y tengo en ello un deber, como militar, como ministro de la guerra y como amigo suyo, porque aunque nunca podamos estar de acuerdo en política, de ser amigos no prescindiré. Creo que las intenciones de D. Antonio Seoane fueron las mejores, como creo que lo fueron también las del señor Prim, pues conviene no olvidar que este señor diputado no pertenecía al distrito de Castilla la Nueva, sino que pertenecía de un regimiento existente en Cataluña, y estaba en el derecho deseado irse, y creo que debió dársele pasaporte: lo digo así porque los ministros se proponen ser francos, y no que ieren clavarse en sus sillones con clavos romanos; permanecerán en ellas el tiempo que la nación quiera y nada mas.

Debo decir algunas palabras acerca del general D. Antonio Van-Halen, capitán general que era de Cataluña y muy amigo mío; no califico sus actos, pero si declaro que cuando dijo que fusilaría al señor Prim, dijo una de esas cosas que ejecución se sabe que es imposible; y ¿cómo es posible que hubiera fusilado a un coronel tan esclarecido como el señor Prim? lo que hubiera hecho es prenderle y mandarle a Madrid para seguirle causa.

En cuanto a habersele embargado al señor Prim sus uniformes, la espada y sus condecoraciones, es mi opinión que se le devolviera, porque la espada esclarecida del señor Prim debe estar en su poder, y el gobierno se promete que ha de seguir prestando a su país los servicios que ya ha prestado.

Lo que se haya dicho respecto a haberse vendido el señor Prim al partido moderado, es una vulgaridad que nadie cree, y nada hay de extraño en que tenga amigos en todos los partidos políticos sin que por eso abandone el suyo.

El gobierno ha manifestado repugnancia al art. 2.º por creer no estaba en el caso de merecer esa censura: la comisión se ha mostrado generosa retirándolo.

Respecto del art. 1.º nada dice el gobierno, porque el Congreso como gran jurado no tiene necesidad de insinuaciones, ni consideraciones que guardar; si cree que debe sujetarse al señor Prim a una causa, deseará ser artículo, al contrario, lo aprobará; el gobierno permanecerá impasible, aunque no indiferente, porque desea que el señor Prim no falte de esos bancos.

Puesto a votación el art. 1.º se aprueba declarando el Congreso en su virtud que no hay fundamento para proceder contra el diputado D. Juan Prim.

El señor PRIM: He pedido la palabra cuando el señor ministro de la Guerra ha querido vindicar las intenciones del señor Seoane. Algo pudiera yo decir sobre esto, en lo que no haría mas que imitar al señor Seoane que ha calificado las mías a su placer; pero respetando la amistad del señor ministro de la Guerra y del señor Seoane no diré nada.

El señor García Camba me permitirá desahogar una equivocación en que he incurrido.

He dicho que no concedería el permiso que pide el gobierno, porque quiere olvidarse de todos los delitos políticos recientes; es decir, que quiere que yo vaya comprendido en la amnistía proclamada por el nuevo gabinete; que yo sea el primer amnistiado español, y no puedo convenir en eso, porque no he cometido delito alguno político: sin embargo no puedo menos de agradecer los buenos deseos de S. S.

#### INTERPELACION.

El señor CABELLO: Como está puesto al orden del día el proyecto de contestación al discurso de la corona, deseo tener en cuenta la opinión del gobierno respecto al párrafo tercero en que se trata de hacienda, y se dice, que sin la renuncia de las Cortes se han exigido las minas de Almadén, procedido al impolitico arriendo de las minas de Almadén, destinado sus productos al pago del 3 por 100.

El señor LOPEZ (presidente del consejo de ministros): El gobierno cree que el lugar en que debiera tratarse de lleno la cuestión que el señor Cabello indica, es la discusión del proyecto de respuesta al discurso, y tanto mas cuanto que el debate se está ya tocando. Pero llevando el ministerio la máxima de ser esplicito y franco en todo, no tiene dificultad en significar su pensamiento satisfaciendo el deseo del señor diputado.







mada tiempo há por los anuncios y los rumores sor-  
dos, que dejaban presagiar nuevos trastornos y pro-  
yectos de la mas ínfima usurpación.

Varios senadores de la minoría, entre los cuales  
figuraba el dignísimo señor Carrasco, dispuestos co-  
mo siempre, á sostener los verdaderos principios  
monárquico-constitucionales, creyeron por lo tanto  
que cumplía á su deber reclamar del Senado que se  
hiciera espresa mencion en el proyecto del día 10 DE  
OCTUBRE DE 1844, en vez de referirse sin desig-  
nación fija y terminante á la época en que la augusta  
vieta de San Fernando ha de empezar á regir el go-  
bierno de sus pueblos.

Tres enmiendas fueron, pues, presentadas con es-  
te objeto: una del señor OLAVARRIETA, otra del se-  
ñor ONDOVILLA y otra, en fin, suscrita por los señores  
CARRASCO, ENTRENA y CAAMAÑO. Esta última, que  
era la mas notable y la que por lo mismo se sepa-  
raba tambien mas del proyecto de la comision, fue  
desde luego designada para discutirse primero. En  
su apoyo pronunció el señor Carrasco un elocuente  
discurso, en el cual espuso á la consideracion del  
pais las calamidades que le ha deparado el gobierno  
aciago de la Regencia única, la triste suerte que su-  
fren todos los españoles leales, y la esperanza, en  
fin, que les anima de que desaparezcan todos sus  
males al inaugurarse la época de reconciliacion y  
clemencia de la mayoría de ISABEL II. El animo-  
so campeón de la monarquía, conmovido con el do-  
loroso recuerdo del 15 de octubre de 1841, hubo  
tambien de invocar el glorioso nombre de LEON, de  
aquel ilustre guerrero, orgullo y esperanza de la pa-  
tria, hárbaramente asesinado por sus implacables  
enemigos.

Entonces vimos cubierto de espanto el rostro de  
algunos hombres que se hallaban allí presentes, y  
lleno de rabia y despecho pedir la palabra el señor  
Heros, en el momento mismo en que su noble ad-  
versario pintaba con vivos colores la inconcebible  
crueldad y tiranía, que en aquella época de triste  
recuerdo violentaba los generosos impulsos del co-  
razon de nuestra jóven Reina, ansiosa de perdonar  
al mas valiente y al mas digno de los defensores de su  
trono. Una acusacion tan terrible, hecha por el se-  
ñor Carrasco, no podia menos de escitar la cólera de  
uno de esos hombres insensibles y desapiadados, que  
para oprobio de la España, se han apoderado del al-  
cázar de sus reyes. El Sr. Heros quiso pues vengarse  
lanzando contra un partido respetable que tiene gran-  
des simpatías en el pais, y contra el digno senador  
que acababa de hablar, todo linaje de infames in-  
vectivas, y llevando su cinica osadía hasta el extremo  
de derramar el ridículo á manos llenas sobre el pen-  
samiento altamente patriótico y legal de invocar la  
época del 10 de octubre de 1844.

El señor Heros es uno de esos personajes en  
quienes mas se abriga el rencor y la ira, y que mas  
se distinguen por la hipocresía de sus palabras.  
Educado en la escuela del señor ARGÜELLES, y ani-  
mado, como éste, de un odio eterno á los que comba-  
ten sus funestas tendencias, no puede permitir que  
se alze una voz invocando sentimientos generosos.  
En la discusion de que tratamos, ha dado como  
nunca pruebas de su ciego furor y de ese sistema de  
difamacion que distingue á los de su época, atre-  
viéndose á acusar á los amantes de la monarquía  
constitucional con la negra calumnia de que esperan  
ejercer sus venganzas bajo el gobierno de ISABEL II.  
Nosotros diremos solo al señor Heros, que ese go-  
bierno tan anhelado por el pais, lo será de justicia  
y reparacion, consagrando un recuerdo de gloria á  
las víctimas que llora la patria, y entregando á la ex-  
ecucion los nombres de sus verdugos, y de los que  
han celebrado tan bárbaros sacrificios.

El señor Heros preguntaba en el Senado si vi-  
viamos en tiempo de persecuciones, si habia por  
ventura MARTIRES TOSTADOS y algun nuevo DIO-  
CLECIANO.

Sin duda alguna hubieran sido para el señor He-  
ros un cuadro muy risueño los cadáveres de cinco  
valientes españoles, inundados en sangre y ofrecidos  
en espectáculo al pueblo de Madrid en la época que  
hemos recordado. Delante de aquellas víctimas qui-  
sáramos nosotros preguntar al señor Heros si ha-  
bia en este tiempo MARTIRES y algun DIOCLECIANO en  
España.

No nos es posible seguir mas sobre este asunto,  
cansados de revelar tanta crueldad y tanta hipoc-  
resía.

La enmienda del señor Carrasco fue al cabo des-  
echada en votacion nominal y habiéndose retirado la  
suya el señor ONDOVILLA, se puso en fin á votacion  
el párrafo del proyecto redactado de nuevo de con-  
formidad con algunas de las ideas que encerraba la  
enmienda del señor OLAVARRIETA, resultando apro-  
bado por unanimidad.

La comision del Senado ha demostrado en esta  
discusion una ciega resistencia que es por demas  
chocante: sobre todo en los momentos en que la opi-  
nion ha recibido con grande aplauso el proyecto del  
Congreso de los diputados, en el cual se designa ter-  
minantemente el 10 de octubre de 1844 como el  
momento feliz en que tomará las riendas del Estado  
la ilustre princesa en quien se cifran tantas espe-  
ranzas.

Dedíose gran parte de la sesion habida el sába-  
do en el Congreso al interesante negocio relativo á  
los procedimientos del coronel diputado PRIM. Estaba  
escrito el dictámen bajo el imperio del ministerio caído,

envolviendo por lo mismo una grave censura á los go-  
bernantes, á quienes se les apercibía para que mandasen  
á sus autoridades el respeto á las garantías é inmuni-  
dades, de que los diputados se hallan revestidos en los  
gobiernos libres.

Fue el primero en el uso de la palabra el señor GI-  
RALDO, el mas anciano de todos los diputados, como  
que ha desempeñado la presidencia de edad, el cual,  
no apagada su energía por el hielo de los años, hizo  
una ardiente defensa del jóven diputado, lamentando  
esa falta de sentimiento de delicadeza con que al biza-  
ro mozo le embargaron los corchetes la prenda de  
mas estimacion para un soldado y para un caballero,  
su espada: una espada arrancada al enemigo en el  
campo de batalla. Asi comprende el honor el gobierno  
militar de la regencia única.

No faltaron otros abogados al señor PRIM, tales  
como los señores BADIA y VILLALTA que contestaron  
á los señores CABELLO y CAMBA, á cuya aparicion en  
la palestra quedaron desiertos los bancos y muy desaha-  
gadas las tribunas.

Desenvolvió el señor VILLALTA con claridad y elegancia  
los principios constitucionales, que dicen relacion á  
la independencia de que deben gozar los diputados en  
el desempeño de su encargo. Como en nuestro pais á pe-  
sar de haber grande copia de leyes, suelen faltar las  
mas necesarias; acontece que nada hay establecido res-  
pecto al caso que se discutía, y por eso el señor VI-  
LLALTA tuvo que apelar á teorías mas ó menos latas, mas  
ó menos acomodadas al hecho. Es indudable que en un  
gobierno representativo, los delegados del pais disfrutan  
una inviolabilidad y unas preeminencias, sin las cua-  
les no es dado concebir el ejercicio de las importan-  
tes funciones legislativas; pero cuando en una misma  
persona concurren dos caracteres de índole opuesta,  
cuando un individuo tiene á la vez el carácter de di-  
putado, ejercicio que campea con absoluta indepen-  
dencia y sin responsabilidad, y el carácter de funcio-  
nario público por el que se constituye en una depen-  
dencia de la que se hallan exentos los demas ciudadan-  
os; si, como en España sucede, no hay leyes que re-  
suelvan las graves dudas que naturalmente se des-  
prenden de contradiccion semejante, es hasta cierto  
punto absurda la situacion del individuo, y embarazosa,  
ó por mejor decir, imposible la accion de la autoridad.

Pero el señor PRIM no era precisamente un empleado  
de cuyo destino pudiera á su antojo disponer el go-  
bierno, el señor PRIM era un coronel ilimitado, y que  
por lo tanto no tiene deberes tan estrictos como el mi-  
litar que desempeña un servicio activo. Mas mirado de-  
bió andar por lo mismo el general SEANE, que no  
meditó, si procediendo con esa despótica altanería  
que le es peculiar, lastimaba las prerogativas que en  
los gobiernos libres competen á los representantes de  
la nacion.

Y si alguna disculpa merece por la confusion de las  
atribuciones, no es acreedor á ella por la manera ilegal  
é impolitica de llevar este procedimiento, mas grave en  
nuestro sentir por los accidentes que le han acompañado  
que por su esencia. Dar una orden para que inmediata-  
mente que se le hubiese, fuese arcaibueado el señor  
PRIM, es un rasgo digno de los hombres que á la faz del  
mundo proclaman que Zurbano, su maestro y modelo, es  
una *pieza preciosa*; participar al Congreso que el señor  
PRIM estaba procesado cuando ya este diputado, apro-  
badas sus actas, habia tomado asiento en el Congreso, es  
una ignorancia incomprensible de la ley y de las prác-  
ticas parlamentarias.

El señor PRIM fue el orador del día. Estuvo el jó-  
ven diputado generoso y elocuente con la elocuencia  
del corazon, en muchos parages de su discurso, sarcás-  
tico en otros, contundente siempre. Terribles ataques  
dirigió al ayacuchismo, llamándole por su nombre, y  
cuando combatía á sus enemigos que son los enemigos  
de la España, la ira y la indignacion se pintaban unas  
veces en sus facciones, y otras asomaba á sus labios la  
sonrisa del desprecio. La espontaneidad con que se brin-  
dó al elogio de un buen español, emigrado hoy día de  
su patria, D. NAZARIO CARRIQUIRI con el que tam-  
bien á nosotros nos une el lazo de una amistad impe-  
recederá, cautivó con razon al auditorio. Y cuando, re-  
chazando las calumnias de que ha sido víctima última-  
mente, dijo que nada hubiera tenido de extraño que  
en París hubiese ido como español y caballero á besar  
la mano de la augusta madre de nuestra REINA: el pú-  
blico, aplaudiéndolo, demostró cuanto simpatizaba con  
el hidalgo carácter del orador.

Difícil era la situacion del ministro de la Guerra, ami-  
go del general SEANE y obligado á él por señalados fa-  
vores. Salíó, como pudo, el señor SERRANO del apurado  
trance, no faltando á la amistad, ni á los deberes y  
compromisos de sus relaciones políticas.

Negóse casi por unanimidad la facultad de proce-  
der contra el señor PRIM, habiendo retirado la comi-  
sion, á ruegos del gobierno, la segunda parte de su dic-  
támen.

Antes de procederse al gran debate sobre el proyecto  
de contestacion, tuvo deseos el señor CABELLO de sa-  
ber como opinaba el gobierno respecto á las cuestio-  
nes, que en el documento se tocan, sobre el contrato  
de los azogues y los decretos acerca del crédito. La  
respuesta del presidente del consejo fue atinada, ase-  
gurando que el gobierno seria, justo, pero no reaccio-  
nario.

Pronunciáronse cuatro discursos sobre el proyecto de  
contestacion que en su lugar verán nuestros lectores;  
pero el debate, por decirlo asi, no tomó vuelo todavia,  
ni se entró de lleno en las cuestiones capitales,

El primer discurso notable fue el pronunciado  
ayer por el señor VILLALTA defendiendo cumplidamen-  
te el proyecto de la comision. Este orador ha sido quien  
con mas franqueza se ha constituido en abogado de la  
libertad de imprenta, probando que no solo no es un  
mal, sino que es un gran bien, al cual se debe la sal-  
vacion del estado. Y tiene razon S. S.: puede afirmarse  
sin ligereza que á estas horas la usurpacion estaria  
entronizada en el pais, que se hubiera prolongado la  
minoría de S. M. y perpetuado el horrible sistema á  
que dá nombre ZURBANO, si la prensa libre, no sin  
correr graves riesgos, no hubiese avisado á la nacion  
entera de los peligros que la amenazaban. Y observese  
como cabalmente se rebelan contra esa, ahora mas que  
nunca, saludable institucion, aquellos personajes que  
eran el alma del sistema hasta aqui seguido y á quie-  
nes la opinion acusa de favorecer proyectos de alto  
crimen de Estado.

El discurso de ayer ha sido el mejor de los que en  
el Congreso lleva pronunciados el señor VILLALTA.

No pudo menos de elogiar el señor MATA la redac-  
cion del mensaje, aunque hubiera preferido S. S. que  
no se hubieran contestado las palabras del Regente. Es-  
to no hubiera sido antiparlamentario, sino descortés.

Sentia el diputado catalan se condenase el alzami-  
ento de Barcelona, como contrario á la ley, y el argu-  
mento que dirigió á la comision no dejaba de ser lógico;  
pero consiste en que, como hemos dicho, la comision ha  
dado cabida á una máxima falsa, cuando ha dicho que  
S. M. reina por el *voto de los pueblos*. Agarróse á esta  
frase el orador para sancionar el derecho de insurrec-  
cion, puesto que esas palabras parecian aludir, como se  
ha concedido despues, á todos los pronunciamientos  
triumfantes. Si el de setiembre fué justo, tambien debe  
serlo el de Barcelona. Este es el raciocinio del señor  
MATA, raciocinio al que nadie puede contestar sino con  
vulgaridades que ya carecen de fuerza. Diferenciase el  
uno del otro en el éxito; diferencia esencial por cier-  
to; pero cuando se discute seriamente, es poco  
valedera para los publicistas de sano criterio, que no  
pueden proclamar el imperio de la fuerza sobre el dere-  
cho. ¿Qué seria de la sociedad, qué seria del mundo, si  
las doctrinas ayer establecidas por el señor MATA acerca  
de las insurrecciones, fuesen reconocidas universal-  
mente como buenas?

Vea la comision las consecuencias de estampar frases  
á todas luces revolucionarias; cuando se afirman prin-  
cípios falsos, las deducciones lógicas conducen natu-  
ralmente á la anarquía, al absurdo. Y no vale decir que  
fue glorioso y legítimo el pronunciamiento de setiembre  
y digno de reprobacion el de Barcelona; porque en  
vano se afanará la comision por encontrar una razon  
mediana que abone tan singular distincion. Mas yerran  
los que aprueban unos pronunciamientos y desapru-  
ban otros, que aquellos, como el señor MATA, que  
todos los juzgan santos y legítimos. Solo aciertan aque-  
llos á quienes les parecen todos un recurso de la vio-  
lencia.

Son notables las palabras del señor MATA sobre la  
educacion que estaba recibiendo S. M., palabras que  
profundamente debieron irritar al señor Argüelles.

El señor ALVAREZ, respondiendo al discurso del di-  
putado catalan, entabló con él una especie de contro-  
versia sobre insurrecciones, de la que nosotros sacamos  
en limpio que uno y otro andaban errados en sus teo-  
rias. Lo mejor que hubiera podido hacer la comision,  
lo que aconsejamos á todos los hombres del partido do-  
minante que, convencidos de la necesidad de gobernar,  
desechen de su ánimo las teorías revolucionarias, es  
que se desentendian del pronunciamiento de setiembre  
porque esa palabra echa á bajo toda idea de orden:  
con ese recuerdo es insostenible cualquier sistema.

Al final de la sesion presentó el señor ministro de  
Hacienda un proyecto de ley para que se autorizase al  
gobierno á cobrar las contribuciones, con arreglo al  
presupuesto aprobado el año último.

DON JUAN BAUTISTA ALONSO ha sido nombrado subse-  
cretario del ministerio de la Gobernacion en reemplazo de Don  
PEDRO GOMEZ DE LA SERNA que parece habia presentado su  
dimision al formarse el nuevo gabinete.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA

S. M. la REINA y su augusta Hermana la Serení-  
sima Señora Infanta Doña María Luisa Fernanda  
continúan en esta corte sin novedad en su importan-  
te salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA.  
DECRETO.

Atendiendo á los fundados motivos que me ha expuesto el  
teniente general D. Antonio Seoane para hacer dimision de  
los cargos de capitán general del segundo distrito militar y  
de general en jefe del ejército del mismo, como Regente del  
reino durante la menor edad de la Reina Doña Isabel II, y  
en su real nombre, he venido en admitirla, reservándome  
utilizar sus distinguidos servicios, inteligencia y acrisolada  
lealtad.

Dado en Madrid á 13 de mayo de 1843.—El Duque de la  
Victoria.—El ministro de la Guerra, Francisco Serrano.

Como Regente del reino durante la menor edad de la Reina  
Doña Isabel II, y en su real nombre, he venido en nombrar  
capitán general del segundo distrito militar y general en jefe  
del ejército acantonado en el mismo al teniente general don  
Fernando Gomez de Batron, por renuncia que de ambos car-  
gos ha hecho el de igual clase D. Antonio Seoane.

Dado en Madrid á 13 de mayo de 1843.—El duque de la  
Victoria.—El ministro de la Guerra, Francisco Serrano.

## MINISTERIO DE LA GOBERNACION DE LA PENINSULA DECRETO.

Como Regente del reino en nombre y durante la menor  
edad de la Reina doña Isabel II, usando de la prerrogativa  
que espresa el art 15 de la Constitucion, y conformándose  
con el parecer del Consejo de ministros, he venido en nom-  
brar senadores por la provincia de Salamanca á D. Manuel  
Cárlos de Osis reelegido, por la de Tarragona á Don  
Antonio Jordá y Santandreu, en reemplazo de D. Riera  
de la Cuadra, y por la de Zaragoza á D. Antonio Ballester  
y Gonzalez, en reemplazo de D. Joaquín Ayerza. Dado  
en Madrid á 12 de mayo de 1843.—El duque de la Victoria.  
El ministro de la Gobernacion de la Península, Fermín  
ballester.

## A ULTIMA HORA.

El ministerio ingles ha sido interpelado en la  
cámara de los comunes por Mr. SHELL que desea  
saber si entre aquel gobierno y el de España habia  
mediado comunicaciones oficiales relativamente al  
casamiento de nuestra reina.

Sir ROBERTO PEEL ha contestado negativamente  
manifestando al propio tiempo que en su opinion  
España debia resolver por si sola esta grave  
cuestion.

Los negocios de Servia siguen preocupando  
mucho la politica inglesa, sucediéndose de día en  
día las interpelaciones en el parlamento sin resultar  
alguno como es consiguiente. La gran Britain  
halla en situacion bien complicada y de gran  
manera en posibilidad de hacer frente á la  
cuestion cuyo sistema hábil y perseverante ha prevalecido  
fin en los consejos del Divan.

El gobierno francés ha regalado á la ciudad de  
Montpellier un magnifico retrato del archi conde  
del imperio duque de CAMBACERES, que nació en  
ella.

Segun rumores que circulaban en Burdeos el  
11, parece cierto que las tropas de Buenos-Ayres  
mando de ORIBE, entraron en Montevideo á con-  
secuencia de una capitulacion, y que de consiguiente  
no hubo choque alguno entre ambos partidos. La  
noticia aunque tenga á su favor cierto carácter  
autenticidad, no es sin embargo oficial.

Dicen que el gabinete de las Tuillerías trata  
de nombrar un ministro plenipotenciario en China  
que este cargo será confiado á Mr. de Lagrenée  
ha desempeñado iguales funciones en Grecia.

Mr. de Lagrenée es muy conocido en Madrid  
mo secretario que fué de la embajada de Francia  
en 1828.

Por el último paquete de Egipto que ha traído  
noticias de la India, se sabe que fueron fusilados  
Manila varios individuos que figuraron en la  
insurreccion.

Hé aquí los pormenores que dá el CANTON  
GISTER:

“El 5 de febrero fueron condenados á muerte 80 reos  
el 9 se fusilaron 41, y los restantes el día 11. La víspera  
de la ejecucion fueron conducidos los reos á un edificio próximo  
al polígono de artillería, á donde se les hizo marchar á las  
6 y media de la mañana del día siguiente entre dos filas de  
soldados, formando el cuadro 3,000 hombres, entre los  
cuales se hallaba el regiminto á que pertenecian los reos. Los  
que se les leyó la sentencia fueron conducidos al sitio  
donde se verificó la ejecucion.

La misma escena se repitió el día 11, con la diferencia  
de que se dió garrote, cortándole despues la mano derecha al  
reo que los indujo á la rebelion.

Todo quedaba tranquilo, y los españoles residentes  
aquellas islas sin recelo alguno y muy confiados en que  
general ORAZA vigila por ellos y merece la confianza  
de todos.”

Parece que el señor TORRE BOSTER, abogado de esta  
legio y alcalde constitucional el año pasado en esta corte,  
fue nombrado auditor interino de la capitanía general de  
Cataluña en reemplazo del famoso señor AVACILLO.

El gobierno ha nombrado una comision para que lame-  
nente redacte un proyecto de ley sobre amnistía, con el  
fin de presentarlo al Congreso. Ya ha celebrado algunas  
sesiones la comision, compuesta de los señores Cortina, Oliva,  
Luzuriaga, Gonzalez Bravo y Alsina, diputados, y los  
señores duque de Zaragoza y Fernandez Valjejo, senadores.  
Supónese que en esta semana podrá someterse al  
deliberacion de la asamblea.

## PUNTOS DE SUSCRICION AL HERALDO

### EN EL ESTRANJERO.

Londres, Mr. W. Jeffs, Foreign Library 15, Burdett  
arcade Piccadilly.  
En París, en el cercla litteraire des Salons Valois, Palais  
Royal, Galerie de Valois, 156.  
En el Havre, casa de Mr. Sebastian Boom.  
En Burdeos, Bureau General des Journaux de Paris et  
Departements, Place de la comédie, Mr. Delpech.  
En Bayona, en la redaccion del *Phare des Pyrénées*.  
En Lisboa, redaccion de *O Correio Portuguez*.  
En Ultramar, en las Administraciones de Correos.

### EN ESPAÑA.

Madrid, en las oficinas del periódico, calle de S. M.  
número 23.  
En todas las Administraciones de Correos, y ademas en  
Alicante..... Casa de D. Juan José Carrasquilla,  
comercio de libros.  
Burgos..... Id. D. Timoteo Arnaz, id.  
Cádiz..... Id. D. Alejandro Lorente.  
Cuenca..... Id. D. Juan Menéndez.  
Don Benito..... Id. D. Bernardino Galvez Garcia.  
Ferrol..... Id. D. Nicasio Taxonera, de comercio de libros.  
Gibraltar..... Id. D. Ignacio María Ramon.  
Huesca..... En la secretaría del Liceo.  
Jerez de la Frontera. Id. D. José Bueno.  
Lérida..... Id. D. Camilo Boix, D. Tomás Martí.

EDITOR RESPONSABLE, J. G. AYUSO.

MADRID.—Imprenta de EL HERALDO.